*Limpieza en la madrugada**

Gerardo González

♦♦♦

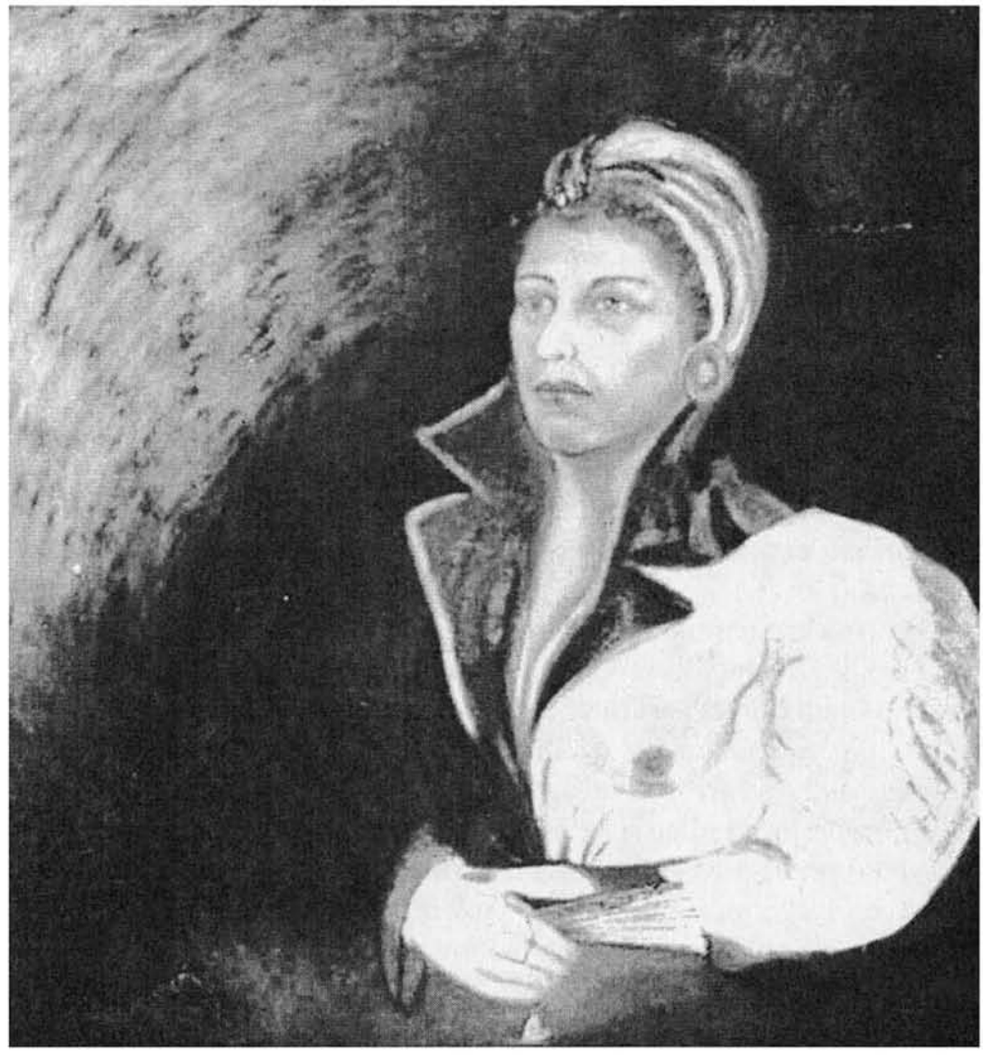
Después de preparar tus herramientas de trabajo: la escoba, el trapeador, el bote de basura, la franela, el recogedor, las botellas de plástico con pinol y cloro, los guantes, la cubeta llena de agua, has limpiado casi todas las oficinas, el pasillo y la entrada. Has dejado para el último la oficina del director y los baños.

Hoy has llegado una hora antes de tu entrada. Te despertaste de golpe a la mitad de un sueño con el corazón agitado y ya no pudiste dormir los ojos. El reloj parpadeaba las cinco y media cuando apareció tu madre en aquel cuarto de hospital, acostada en medio de unos aparatos electrónicos. Para sacudirte el desconsuelo te levantaste del caliente lecho, sin despertar a Laurita, y saliste a la fría madrugada.

Ahora, después de sacudir el estante con los libros de leyes, pasas por el escritorio la franela humedecida. Te sientes cansada. Quieres vaciar el cenicero lleno hasta el borde pero tropiezas con una de las patas de la silla. Caes al piso desparramando las cenizas. Te quedas boca abajo mirando el suelo ennegrecido. Necesitamos ensuciar para estar limpios, piensas, se quieren escritorios limpios, sillones limpios, ropa limpia, pisos limpios. ¿Para qué? Para ensuciarlos otra vez. ¿Por qué vivir en la suciedad? Si nacimos sucios. Si nos vamos ensuciando por dentro.

Te sientas lentamente recargando la cabeza en la madera lateral del escritorio. Una lágrima se desliza por tu cara morena, la dejas ir hasta donde tu madre se despierta. La miras quitarse molesta el oxígeno de la cara y el suero de su brazo. La oyes refunfuñar que está bien, que ya se los has dicho muchas veces, que no se preocupen, que no le duele nada o casi nada, sólo el pecho algunas veces al respirar, pero eso es poco, casi nada, que esa enfermedad no duele, invade el cuerpo por dentro, lo debilita. La observas acomodar las almohadas y quedarse quieta, luchando por no quedarse dormida.

Te levantas despacio como si te dolieran los huesos, como si no tuvieras veinticinco años sino los cincuenta y seis que tiene tu madre. Agarras la escoba y con rabia la mueves sacando de todos los rincones la inmundicia. Hay más basura que nunca. El recogedor llena rápidamente el bote y tienes que arrastrarlo hasta el tambo que está en un rincón del estacionamiento. Cajas de cartón vacías y bolsas llenas, amontonadas, invaden el lugar. El mundo es basura, te dices mientras sacas del bote la bolsa negra que lo cubre. ¿Qué pasaría si no hubiera alguien que limpiara, que recogiera toda esta porquería, nos daríamos cuenta de la cantidad de basura que producimos? Amarras la bolsa con fuerza y la empujas junto a las otras.



Estiras los brazos y miras hacia arriba, empieza a clarear y hay un gris extraño cubriendo todo el cielo.

Será el humo del volcán, piensas caminando a la bodeguita donde tienes el paquete de bolsas vacías, hace días que no deja de aventar sus fumarolas. Te acuerdas del humo que soplaba tu madre cuando fumaba en el patio a escondidas de tu padre. Cerraba los ojos y soltaba el aire con fuerza. Ahora la ves respirar trabajosamente, y no quiere cerrar los ojos, no quiere quedarse dormida, tiene miedo de ya no despertar, quiere ver a su hija antes del último sueño. La escuchas hablarte en el viento, tus hermanos han venido todos, los vieras tan preocupados, me conmueven, les digo que estén tranquilos y tratan de poner buena cara, por las noches los oigo rezar bajito afuera del cuarto y me acuerdo de ti, me acuerdo cuando tenías nueve años y yo, en este mismo hospital de Guadalajara, lloraba y rezaba para que tu padre saliera bien de la operación, tú me dijiste que si Dios existiera no haría llorar a una mamá tan buena como yo.

Regresas a terminar de limpiar la oficina. Mojas el trapeador en la cubeta, y luego lo extiendes en el piso. Sabes hacerlo, tu madre te enseñó la manera, de un lado a otro de manera suave y pareja, primero con mucha agua y desinfectante, y luego bien exprimido para que seque pronto. Ella sabía hacerlo como experta, desde pequeña la recuerdas limpiando, barriendo, trapeando, lavando trastes, lavando la ropa. Y sus tres hijas de ayudantes, limpiando vidrios, tendiendo camas. Parecían sirvientas de tu padre y tus tres hermanos que nunca hacían nada pero que querían todo limpio. Son hombres, decía tu madre. Y esa palabra significaba privilegios, no llegar temprano, emborracharse, acostarse con mujeres, adueñarse del televisor, del baño, de la sala, de los sueños. Ellos podían hacer lo que quisieran y ustedes nada que no fuera obedecer. Podían todo, incluso correrte de la casa por hacer un día lo que ellos, irte una noche con el novio a una fiesta sin permiso. Te da tristeza recordar que tu madre estuvo del lado de ellos, también te gritó y te condenó, ella era de ellos, ese día no fue tu madre. Te das cuenta de que todavía los quieres a pesar de todo, sólo que no quieres una familia así, por eso dejaste a Alberto, por ser como ellos, ordenando, queriendo que todo estuviera a su disposición, trataste de cambiarlo, pero no, la cabra tiraba al monte y tu hija no merecía un padre como el tuyo. A Laurita la vas a educar de distinta manera, dices decidida.

Cierras la puerta de la oficina y te diriges a limpiar los baños de los hombres. Miras tus ojos tristes en el espejo grande. Rocías de limpiador toda la superficie. Tu cara empieza a desvanecerse, ensayas una mueca chistosa de las que hacían reír a tu madre. No sé a quién saliste,

♦♦♦

escuchas que te dice, eras tremenda y a todo le querías buscar explicaciones. A tu padre nunca le interesó gran cosa entender el mundo, parece que nació sólo para trabajar. Y yo, en la casa, bastante ocupada en atenderlos, en lavar la ropa, plancharla, preparar la comida. Sin tener tiempo para platicar, y tú hablando, preguntando sin parar, contando de tu día en la escuela, de lo que hacías en el recreo, lo que aprendías en clase. ¿Sabías mamá que en las pirámides los aztecas sacrificaban doncellas a los dioses para que los dioses los protegieran? ¡Ya callen a esa niña! Ordenaba tu padre. Y tú bajabas la voz hablándome al oído. Me hacían reír tus ocurrencias, eras la única persona en la casa que me hacía reír.

La miras sonreír mientras se levanta con esfuerzo de la cama. Va a donde está el agua. La jarra le tiembla al voltearla hacia el vaso. La pone en su sitio, hace una pausa para respirar, y luego toma el vaso y se arroja el agua en la cara. Para estar bien despierta, dice riéndose. Se pregunta si tú seguirás riendo o te volviste seria como la familia. No quiere juzgarte, como tampoco quiere que la juzgues, sólo que la comprendas. No fue maldad, desde niña aprendió a obedecer a los hombres, su mamá lo había hecho, y la abuela y la tatarabuela. Por eso se había puesto del lado de tu padre cuando te corrieron. No tenía el valor tuyo para rebelarse, no podía quitarse tantos siglos de encima. Le hicieron aprender que no era un buen ejemplo para tus hermanas acostarse con el novio y salir embarazada.

En este instante no la miras sonreír, no sabes si son tus lágrimas o las suyas las que limpias en el espejo. La ves buscar con ansiedad entre las almohadas y reconoces la libreta vieja de tu diario que dejaste olvidada aquella vez. Se recuesta en la cama y empieza a leerlo. La escuchas decir que es como platicar contigo, entender que no hayas querido saber más de ellos, buscar en esa palabras tu perdón. La angustia de no saber de ti. Sólo algunas cosas en esos años. La única vez que se encontró a Alberto, en el jardín Torres Quintero, le había dicho que lo habías dejado, que seguías igual de rebelde, que no querías estar en la casa, que te salías con tu niña a recorrer todos los jardines de Colima, que descuidabas tus quehaceres domésticos. Ojalá te hayan avisado tus hermanos, la oyes murmurar bajito, ojalá te hayan dicho que quiero verte, que quiero abrazarte como cuando eras niña y te acurrucabas en mis brazos. Sientes que el dolor te ahoga, que tu cuerpo se debilita, que tu cabeza gira y tus piernas se te doblan. Tratas de sostenerte en el lavabo, pero trastabillas hacia un lado y hacia atrás. Tropiezas con un mingitorio, quieres evitar la caída, pero el tubo de la palanca se dobla hacia abajo provocando la salida del agua. Te quedas sollozando en el piso. Le dices que no la odias, que también te enseñó cosas buenas, a sumar, a curar raspones con besos, a pelar las naranjas sin lastimarse las uñas, a contar las estrellas, a ponerle sonrisas con la miel a los panes. Le dices que has tardado estos años en darte cuenta de todo el cariño que te ha dado. Le cuentas que cuando Laurita te pregunta por su abuela, vuelves a ser la niña aquella y hablas sin parar recordando todos los momentos alegres, la vez que te extraviaste persiguiendo una perrita callejera y ella anduvo buscándote toda la tarde hasta que te encontró, las veces que entonaban juntas las canciones infantiles, cuando en la sopa de letras te ayudaba a encontrar tu nombre. Ayer, le dices, arrullé a mi hija con aquella canción con que me arrullabas. Era como si te escuchara.

Entrelazas las piernas con las manos y suavemente balanceas tu cuerpo hacia delante y hacia atrás. Miras a tu madre cantar bajito y le sonríes. Te levantas despacio y también comienzas a cantar: Dos pe-ce-ci-tos se fue-ron a la mar, un ti-bu-rón le dijo ven p'acá, no, no, no, no, se e-no-ja mi ma-má. Caminas hacia ella que te abre los brazos. Te acurrucas en su pecho y ella te mece tiernamente. Las dos no dejan de cantar la melodía, con ella se dicen todo lo que tienen que decirse. Se secan una a la otra las lágrimas y cantan felices. Cierras los ojos y te arrullas con voz entre tu pelo. De repente dejas de oírla. Volteas a verla y la ves que duerme. La acomodas para acurrucarla junto a ti. Y la arrullas cantándole al oído. La recuestas con cuidado en la cama. Le das un beso en la mejilla. Y caminas de puntitas hacia la salida. Recoges la franela y la cubeta y sales a buscar a tu hija. ♦

* El cuento *Limpieza en la madrugada*, de Gerardo González, obtuvo el segundo lugar en el concurso de cuento al que convocó la Asociación Colimense de Universitarias, en coordinación con el Centro Universitario de Estudios de Género y el Instituto Colimense de la Mujer, con motivo del *Día Internacional de la Mujer*.

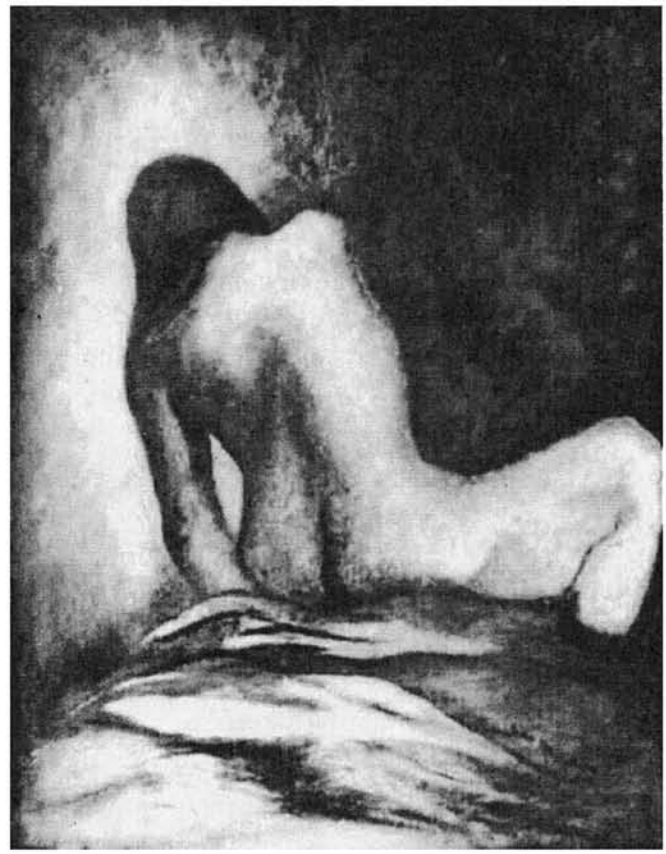


¿Quién mató a Rosita Alvírez?

Jacobo González

♦♦♦

[Farsa en un acto] ***Personajes***: 1. El guitarrero. Hombre viejo, aunque no un anciano. 2. Madre de Rosita. 3. Rosita. Muy joven, unos 16 o 17 años. 4. Hipólito. ***Escenario vacío***. Al abrirse el telón, el guitarrero se encuentra afinando su guitarra, alza la vista distraído y se percata de la presencia del público. **Guitarrero**: ¡Ah, caray!, pues ya están aquí. Bueno, para iniciar esta función, vamos a cantar una canción. ¿Qué les parece si empezamos con el corrido de Rosita Alvírez? A ver, levanten la mano los que se lo sepan... [voltea buscando respuesta] ¿Nadie? ¿Tan poquitos?... Pues creo que tendremos que empezar por el principio. Les voy a contar la historia de Rosita Alvírez, tal como la conocí: Rosita era una muchacha bonita, delgadita y hermosa como las flores de los capomos. Vivía con su *amá* y un tío al que le decían El Minero, porque tenía mucha plata... pero en las sienes; oro... en los dientes y plomo en las... patas: *pa'* caminar primero le pedía permiso a un pie y luego movía el otro. La mamá de Rosita trabajaba lavando y planchando ropa ajena y Rosita iba a la escuela. Yo conocí a la familia en un barrio de Saltillo, allá por el año de mil novecientos... [Mientras habla, ha bajado del escenario y se pierde entre el público, bajando progresivamente la voz hasta perderse mientras entra al escenario la mamá de Rosita]. **Mamá** [llamando a Rosita]: ¡Rositaaaa!, ¡Rosaaa! Chamaca inútil, buena *pa'* nada, ¿dónde te has metido? **Rosita** [desde fuera]: ¡Estoy haciendo mi tarea, *amá*! **Mamá**: Qué tarea ni qué nada! ¡Vaya a servirle de cenar a su tío, que acaba de llegar el hombre! **Rosita**: ¡Pues que se sirva él solo, *amá*, ya sabe dónde está todo! **Mamá**: ¡No seas grosera, Rosita, que viene cansado el pobre! **Rosita**: ¿Y luego yo no estoy cansada? ¿Y a poco usted no se cansa de lavar todo el día? Usted trabaja, yo voy a la escuela y cuando llego yo hago la comida para todos y lavo los trastos de todos y limpio la casa de todos y a ver, ¿a mí quién me sirve de cenar, *amá*? **Mamá**: ¡Ay, Rosa, Dios te perdone! Tu tío está con nosotras desde que murió tu papá porque una casa sin un hombre no tiene respeto de la gente y tú tienes que aprender a ser una mujer de provecho. Al rato te vas a casar y si no sabes ni freírle un par de huevos a tu marido, te va a dejar, y una mujer sin un hombre a su lado no vale nada. **Rosita**: ¡*Pérese, amá*! Yo no me voy a casar, por lo menos por ahora. Yo voy a ser médica y voy a trabajar con la comunidad. Si me llego a casar será con alguien que piense como yo y si no le gusta, pos que se vaya a Chi...huahua a un baile. **Mamá** [la jala de una oreja]: ¡Cállate, muchacha habladora, y vete



a servirle la cena a tu tío, pero ya! **Rosita** [gritando]: ¡Ay, *amá*, suélteme la oreja, que no es de chicle! [Enfrentando a su mamá]. Mire, *amá*. Pa' empezar, no le sirvo de cenar al tío y ya que usted dice que una mujer solamente vale algo con un hombre al lado, pues *orita* mismo me voy al baile y como allá hay muchos hombres, va a ver cuánto voy a valer esta noche. **Mamá** [intenta detenerla]: No, Rosa, tú esta noche no sales y menos sola, acuérdate que eres mujer. **Rosita**: No tengo la culpa de que me gusten los bailes y no es ninguna culpa ser mujer..., si se anima, allá la espero [sale corriendo]. **Mamá** [gritando hacia afuera]: ¡Rosa, ven acá! ¡Rosa...! ¡Rosita! ***Telón rápido***. **Guitarrero** (entrando): Pues Rosita se fue *pa'l* baile, pero no se imaginaba que allí la esperaba su destino: Hipólito, un *pela'o* alto y bien dado... pero a los vicios. [Entra Hipólito y sin que el guitarrero se dé cuenta, escucha discretamente su descripción]. Hipólito nomás tenía un solo defecto y era que no trabajaba; pero fuera de eso, no hacía nada. Vivía con su *amá*, que lo tenía en una escuela que Hipólito ya ni se acordaba dónde era. Era soltero, pues, pero con varias criaturas regadas por todo el municipio. Eso sí, cada una con su propia mamá, *pa'* que no se *peleyen*... **Hipólito** [interrumpiendo]: Bueno, bueno, tú, ya estuvo suave, hombre. Me estás poniendo como el villano y pos, yo no tengo la culpa de que así me hayan enseñado a ser, querendón y enamorado. Además, fíjate que eso es lo primero que le enseñan a uno, a ser el "mero, mero...", hasta en la tele, ya ves: *pa'* venderte un mugre coche viejo te ponen una chava en bikini; *pa'* venderte un trago, te ponen una chava en busca de galán; *pa'* venderte jabones o lavativas, te ponen siempre una chamacona y pues uno no es de fierro... **Guitarrero**: ¡*Pos* sí, pero en el año de mil novecientos no había tele, *sonso*! **Hipólito**: ¡Ah, *pos* no! ¿*Verdá*? [al público] Honestamente, yo no quisiera ser el "machito" de la película, o bueno, de la obra de teatro. Yo más bien quisiera ser un humilde "amo de casa", tener una mujercita a mi lado para que me lave mi ropa, me prepare de comer, me dé mis planchaditas y mis apapachaditas..., pero cuando ya he estado a punto de casarme, llega mi mamacita bien triste a decirme que ya se le va a casar su hijito..., que ya se va a quedar solita y [haciendo pucheros]... ¡No, *pos* cuándo la voy a dejar solita! Pero uno de estos días me animo y le digo que *quera* o no *quera*, ¡me caso porque me caso! Bueno, ¡cuando me atreva! **Guitarrero** [interrumpiendo]: Bueno, luego platicas. Vamos a seguir con la historia. [Recita hacia el público] Pues Hipólito llegó al baile y a Rosa se dirigió. Como ella era la más bonita, *pos* luego luego me lo desairó. [Se abre el telón. La escena sugiere un baile, aunque no se requiere enfatizar la escenografía. Basta con marcar la existencia de algunas mesas, un par de parejas tal vez y música alegre de fondo, tal vez alguna polka rápida. Rosita está de pie a un costado, con gesto distraído, como viendo a las parejas que bailan. Hipólito llega junto a ella, intenta saludarla y ella voltea hacia otra parte] **Hipólito**: ¡Rosita! ¡Pero qué chulada de muchacha! ¡Véngase, vamos a bailarnos ésta y la que sigue! [Rosita voltea hacia otro lado] [Hipólito, buscando el rostro de Rosita] Ándele, Rosita, véngase a bailar, ya le dije que quiero bailar con *usté*... **Rosita**: ¿Y nada más porque tú quieres tengo que bailar contigo? **Hipólito** [señalando al público]: Rosita, no

me desaires delante de toda la gente. ¡Mira, nomás *tan* viendo *pa'cá*! **Rosita**: Pues que digan lo que quieran, ¡yo vine a divertirme, no a pagar una manda! **Hipólito**: ¡Rosita, no me grites delante de la gente! **Rosita** [alzando más la voz]: *Pos* déjame en paz. Es más, ni me hables. **Hipólito**: ¡A mí ninguna vieja me grita ni me manotea! **Rosita** [burlona]: ¿Ah, no? ¿Y tu *amá*? **Hipólito**: ¡Con mi madre no te metas! [desenfunda una pistola descomunal, debe verse exagerada. Rosita huye, atraviesa el escenario e Hipólito la sigue, gritando *ad lib*. El guitarrero entra desconcertado] **Guitarrero**: ¡Ándale, éstos ya se me salieron del huacal! [suenan disparos afuera y se oyen gritos de Rosita] ¡Ay, mamacita, ¿Qué habrá pasado? [Entra Hipólito asustado, choca con el guitarrero y ambos caen al suelo. Cuando se levantan, el guitarrero toma a Hipólito de los hombros y lo sacude, gritándole] ¿Pos qué hiciste, *sonso*? ¿Qué le hiciste a Rosita? **Hipólito** [histérico]: ¡La maté, la maté! **Guitarrero** [furioso]: Pero ¿por qué lo hiciste, *sonso*? ¿Por qué lo hiciste, tarugo? **Hipólito**: *Pos, pos, pos*... ¡*Pos* por tu culpa! ¡Por tu culpa, y por culpa de mi *amá*! ¡Por culpa de todos los hombres que maltratan a sus mujeres [señalando hacia el público] y por culpa de todas esas señoras que educan a sus hijos para que sean machitos! ¡Por culpa de los que hacen armas y de los que las venden! ¡Por culpa de todos, todos hemos matado a Rosita Alvírez! ¡Todos! **Rosita** (entra furiosa, lleva en la mano la pistola de Hipólito cogida del cañón, como una cachiporra. Ve a Hipólito y se abalanza sobre de él): ¡Ah, conque aquí estás, inútil, bueno para nada! ¡Conque muy machito!, ¿no? ¿Conque muy valiente con las mujeres, eh? ¿Conque muy bueno cuando trae su pistolita, eh? [A empujones lo va sacando del escenario, mientras Hipólito, asustado, trata de defenderse] **Hipólito**: ¡*Pérate*, Rosita! ¡Rosita, por favor! ¡Rosita, espérate! **Guitarrero** (los mira mientras salen. Voltea hacia el público y se dirige a ellos): Pues la historia de Rosita no terminó allí, porque Rosita terminó casándose con el Hipólito y luego luego lo puso a estudiar, *pa'* que se le quitara lo atarantado. Ahora él ya hasta acabó una carrera y entre los dos trabajan y cuidan a los dos chiquillos que tienen, y... [toma la guitarra para empezar a cantar. Se abre la chamarra. Bajo ella se asoma un delantal] ¡Ah, caray! Se me olvidaba que tengo que ir a hacer un mandado, si no mi vieja se pone de un genio que... ¡Bueno, otro día cantamos el corrido! ¡*Ahi* la vemos... bueno, lavemos y planchemos, raza! [Sale y telón simultáneo] ♦



